

MAGIA Y MUERTE EN LA POESIA ESQUIMAL

Escribe: JORGE ZALAMEA

Después de años que son ya inconfesables de lecturas, cotejos, estudios y traducciones he llegado a una conclusión consoladora: *en poesía no existen países subdesarrollados*. Seguramente, esta proposición no aliviará a los pueblos, ni a los gobernantes, ni a los hombres de empresa que soportan la dura carga del subdesarrollo técnico y económico; pero, acaso, esos mismos pueblos y desde luego sus hombres de pensamiento hallen una especie de modesta revancha espiritual en aquella constatación.

El don de expresar con palabras los más secretos movimientos del alma; el don de *apoderarse* de las cosas o de transfigurarlas con inesperados bautismos; el don de infundirles, con el solo soplo de la metáfora, un sentido más vivaz o más profundo; el don de re-crear al universo con los cambiantes rayos del lenguaje, no es, como muchos parecen creerlo, un don privativo de los llamados pueblos civilizados de Occidente.

El don de poesía, en efecto, no tiene límites de espacio ni de tiempo; es consubstancial con el hombre, lo mismo en la época prehistórica que en la nuestra; es común a los pueblos de la civilización tecnológica, a los pueblos primitivos de ayer y de hoy, y a los países subdesarrollados..

En cualquiera de las largas noches estelares de su historia, los hombres, los pueblos, descubrieron que de la misma manera como los astros, luceros, estrellas, constelaciones y nebulosas riman entre sí, fraguando el más hermoso ballet en el insondable espacio, —también las palabras por ellos inventadas se respondían unas a otras con signos misteriosos, con claves musicales, y eran capaces de crear en el aire arquitecturas de luz, cuadros de letras, guirnaldas de colores y que, en esos juegos maravillosos, podían encontrar su más lancinante expresión las confusas, tumultuosas, altaneras, acongojadas, claras, tenebrosas o crueles aspiraciones de su espíritu.

No creo que sea arbitrario suponer que el deslumbrador descubrimiento del juego verbal, de los valores tónicos y musicales de la palabra, de sus ecos, de sus repeticiones rítmicas, engendró la magia y que esta expresión primitiva del espíritu religioso fue durante muy largo tiempo exclusivamente verbal. Solo siglos más tarde se inventaría *el rito*, que implica ya una acción conjuratoria o propiciatoria. Pero en el comienzo fue el Verbo, como lo dijo el Evangelista. Y desde tal comienzo, indis-

liblemente ligadas, magia y poesía continúan siendo uno de los ineludibles recursos del espíritu para conjurar, superar y olvidar la adversidad.

Los resultados de mis lecturas, investigaciones, confrontaciones y traducciones serán la materia de mi próximo libro. Pero, aceptando la invitación del excelente Boletín de la Biblioteca Luis Ángel Arango, voy a dar aquí algunos ejemplos de esa *poesía ignorada que redime, en el aspecto cultural, a las grandes masas humanas a las cuales se supone incapaces de don poético porque no se hallan técnica y económicamente bien desarrolladas.*

En su mudo, blanco y yerto escenario de hielo los esquimales hablan con los espíritus, los convocan y conjuran con designios, al parecer muy secretos pero entrañablemente humanos. En el poema que aquí se cita, parece que un poderoso espíritu ha acudido al llamamiento del hombre y que en él se aposenta para que el poeta-mago (visitado por su "doble", dotado de ciencias secretas y movido por un renovado amor por la belleza del mundo) exprese su voluntad de vida y su fervoroso testimonio del mundo en el cual vive.

El poema se llama "A los Espíritus", y dice así:

*¡Espíritu del aire,
ven, ven pronto:
te llama mi conjuro!*

*¡Ven y reduce la desgracia a nada!
¡Espíritu del aire,
ven, ven pronto!*

*Me levanto.
En mitad de los espíritus me levanto...
Los exorcistas me sostienen
y mantienen entre los espíritus...*

*Niño, niño, niño grande:
levántate y acude.
Niño grande, niño pequeño,
surge entre nosotros.*

*Quiero visitar
a una mujer extranjera.
Quiero adivinar enigmas
en el hombre.*

*Desato las correas de mis botas,
busco en el hombre
y busco en la mujer...
Borro las arrugas de las mujeres.*

*Anduve sobre el hielo del mar.
Resoplaban las focas en sus huecos.
Maravillado, escuché el canto del mar
y el gemir de los hielos nuevos.*

*¡Anda, anda!
Un poderoso espíritu trae la salud
a la casa de las danzas.*

Esta poesía de conjunto mágico en la cual el hombre, el hombre esquimal, logra sobreponerse al temor que le causan los espíritus y decir su propio concepto de la belleza del mundo, es ya inenarrablemente bella. Pero el poeta esquimal irá más lejos todavía; irá tan lejos como muy contados poetas "cultos" fueron. La dualidad muerte-vida encontrará en él expresiones y sentimientos tan agudos, tan reales, tan emocionantes como no podríamos hallarlos en la obra de los más eminentes aedas, vates, profetas y poetas de nuestra supervalorada civilización occidental.

En la canción funeraria de los esquimales que se transcribe en seguida, la muerte del ser humano no está vista desde fuera, en un plano universal metafísico; sino desde *dentro*, desde los hondones del alma individual sometida al inexorable tránsito.

Para calificar la hondura de esta poesía *primitiva*, puede pensarse incidental, superficialmente, en lo que tan extraordinario poeta como fue Edgard Allan Poe imaginó sobre la angustia de la desintegración física del hombre. El poeta esquimal, el poeta ignorado, va más allá: pues establece un contrapunto trágico entre la angustia física de la desintegración vital y los sinsabores de la vida.

El poeta de nuestra civilización se hartaría con el hallazgo de menospreciar la vida desde su propia tumba. El poeta ignorado de los pueblos que llamamos primitivos, va más allá en el testimonio de las contradicciones humanas: con el más simple de los lenguajes, mantiene el trágico contrapunto establecido por el hombre ya muerto, por el cadáver redimido de toda fatiga, y el espíritu de ese mismo hombre que se niega a liquidarse bajo miríadas de ventosas minúsculas.

La plenitud de emoción y de razón que hinche cada frase de este poema esquimal, hace obvias, innecesarias y pedantes las explicaciones del admirable texto que aquí se da en torpe traducción:

*La alegría me rebosa
cuando comienza a lucir el día.
Cuando el enorme sol
sube al borde del cielo.*

*El resto del tiempo me llena la angustia:
la actividad constante de los gusanos me aterra.
Penetran el cuenco de la clavícula
y me devoran los ojos.*

*En mi angustia, pienso:
Dime, ¿si era tan bella la vida en la tierra?
Recuerdas el invierno
en que nos devoraban los cuidados:
zozobra por las suelas del calzado,
zozobra por el cuero de las botas...
¿Era, acaso, tan bella la vida en la tierra?*

*Estoy aquí, hundido en la inquietud y la angustia;
¿pero no conocí siempre miseria y zozobra?
También en el espléndido verano,
si la cacería era mala
y en el hogar no había
un trozo de piel para el vestido,
¿era, acaso, tan bella la vida?*

*Estoy aquí, preso de angustia,
¿pero no estuve siempre en apuros
cuando acechaba entre los hielos
y perdía la cabeza
porque no mordían los salmones?
¿Era, acaso, tan bella la vida en la tierra?*

*Cuando en el tumulto de la Casa de las Fiestas,
enrojeciendo yo de pudor, me bañaban
y cuando el coro se burlaba de mí
porque en el canto perdía el hilo,
¿era, acaso, tan bella la vida en la tierra?*

*Dime: ¿era, acaso, tan bella la vida en la tierra?
Aquí, me rebosa la alegría
cuando comienza a lucir el día
y cuando el enorme sol
sube dulcemente al horizonte.
Pero el resto del tiempo me llena la angustia.
¿Cómo me aterra la incesante actividad de los gusanos!
Me roen hasta el cuenco del hombro
y me devoran los ojos.*

En la novela autobiográfica y de publicación póstuma titulada "Toda-Raba", el más grande de los poetas contemporáneos de Grecia, Nikos Kazantzaki, relata su encuentro, en el ferrocarril transiberiano, con dos samoyedos huraños, reconcentrados y como resentidos al contacto con sus compañeros de compartimento: el propio Nikos y Panait Istrati. Pero, poco a poco, se rompe el hielo y ante el requerimiento discreto y dulce de los "occidentales", los samoyedos concluyen por aceptar la invitación a cantar alguna de las canciones habituales o tradicionales de su pueblo. Para sorpresa y deleite mío, las estrofas transcritas por Kazantzaki constituían una "variación" del poema esquimal que se transcribió antes. Ahora, el diálogo tiene dos interlocutores claramente definidos: el anciano padre muerto y el hijo vivo que pretende consolarlo.

Es difícil decidir cual de las dos versiones es más dramática, más convincente, más hermosa. Por otra parte, el cotejo se hace más arduo si se tiene en cuenta que Kazantzaki solo reproduce en su novela un breve fragmento del canto de los samoyedos.

Ese fragmento lacerante dice así:

—"Recuerdas, padre, cuando regresabas de noche, derrengado, después de pasar el día entero doblado sobre el agua para recoger tus redes vacías?

—Sí, sí; ¡pero la vida era tan bella!

—Recuerdas, padre, cuando gemías enfermo, cubierto de úlceras en tu yacija?

—Sí, sí; ¡pero la vida era tan bella!

—Recuerdas, padre, cuando reventabas de hambre, cuando llorabas y apaleabas a tu mujer?

—Sí, sí; ¡pero la vida era tan bella”!

Para reflexión de letrados y consolación de hombre simples, dejo aquí estas primeras muestras de la “poesía ignorada”.
